



LA
CASA
COMÚN

**Algunos temas a
considerar en el proceso
de creación de un partido
de las fuerzas del Frente
Amplio.**

Oswaldo Torres

octubre 2023



Vivimos tiempos de regresión conservadora y autoritarias. Estamos en un período de repliegue de las luchas sociales, de crisis de legitimidad del sistema democrático y de los partidos, con un avance de las fuerzas más reaccionarias. El período anterior, que se puede situar entre 2011 y 2021, fue de ascenso de luchas sociales, ampliación democrática y surgimiento de nuevas alternativas políticas. Haciendo una analogía, así como en el pasado, en la década del 60 e inicios del 70 se vivieron procesos de ascenso de luchas sociales y de ampliación democrática, que llevaron a la creación de nuevos partidos, al triunfo de Allende y a un período pre revolucionario, luego devino en otro de contrarrevolución.

En otras palabras, la historia política y social es reversible, los derechos conquistados pueden ser perdidos y, como es claro, la “victoria final” no existe, la lucha es persistente. Uno de los factores decisivos en la derrota de 73 y del 2022 ha sido la dispersión de las fuerzas del cambio, por la falta de unidad de propósitos y de estrategia compartida, cuyo precio lo paga el pueblo y la propia izquierda.

Es por lo anterior que el proceso de unidad del Frente Amplio, FA, no puede ser visto como un proceso solo interno, es y será parte de un proceso mayor, cual es la necesidad de una unidad, no necesariamente orgánica, de toda la izquierda y centro izquierda en un programa y estrategia común. Un bloque para frenar el capitalismo salvaje y proponer políticas sociales eficaces, en una estrategia de desarrollo inclusiva para el país y una democracia en forma.

Es decir, es necesario relacionar y a la vez distinguir el proceso de construcción de un partido unitario entre quienes componemos el FA para actuar como partido por décadas, de lo que requiere que sea una estrategia de unidad con otras fuerzas para constituir un bloque progresista. Y esto se hace más necesario porque hoy somos gobierno en alianza con otras fuerzas políticas y, en democracia, los gobiernos pasan los partidos quedan en la oposición o regresan al gobierno.



En relación al proceso de constituir un solo partido del FA.

Los procesos de unidad y fraccionamiento de las organizaciones políticas es un elemento propio de los procesos sociales y políticos. Así como hay divisiones habrá unidad, aunque no son inevitables ni se producen cuando se necesita; el PS tuvo un quiebre que duró 15 años; post 88 el PC vivió desgajamientos. También es notable el ejemplo de partidos que se mantienen en el tiempo y otros que se desintegran; aquí los ejemplos de los MAPU, la IC, el MIR los cuales contribuyeron con ideas, luchas y militancias, pero por diversas razones no lograron enraizarse en el pueblo, o posteriormente tener una representación electoral o gremial de sectores significativos (para no hablar del PDC, PR hoy).

En este plano nada está asegurado y lo que hoy puede ser un proceso de unidad en el futuro puede ser de dispersión si no hay conciencia de la validez, la actualidad y ductilidad del instrumento partido. Por ello, es clave el respaldo activo a nuestro gobierno, pues su potencial fracaso pondría en cuestión la confianza de la ciudadanía en nuestras ideas, dirigentes y representantes, pudiendo llevarnos a la dispersión, si no hay coherencia ideológica y programática entre nosotros.

Un elemento importante en un proceso de unidad, para que perdure, es tener conciencia de lo que se juega. Es decir, la magnitud del desafío ayuda a minimizar las disputas pequeñas; la conciencia que las salidas no son de corto plazo ahora, ayuda a ponderar mejor las derrotas y victorias; la consideración de la complejidad de lo social y la velocidad de su transformación permite entender que es difícil que un reducido grupo tenga siempre la verdad o la razón.



La importancia de los objetivos comunes de largo plazo.

La lucha por actualizar la idea de construir una sociedad socialista en un país como Chile, en el contexto actual, en que existe una pérdida de peso social y político del trabajador industrial, donde predomina un imaginarios de realización personal a través del consumo, cuando se vive la agonía de las ideas de la Ilustración y la emergencia de nuevos desafíos para las libertades colectivas e individuales, así como para la democracia y la igualdad, nos permite calibrar mejor la magnitud de la tarea.

El socialismo es el objetivo a alcanzar como superación del capitalismo y re encuentro con la concepción solidaria de las relaciones humanas. En este sentido, el partido por construir debe tener claro su carácter anticapitalista y libertario. Pero, aunque ya sabemos qué socialismos no queremos -esos autoritarios o populistas, genocidas o estatizantes- se requiere comprender que vivimos una era inédita, en que el entramado de conceptos cartesiano no permite conocer la realidad y que necesitamos una renovación profunda del pensamiento para comprender nuestro estar en la Tierra, su relación con ella y de ésta con la civilización humana. Se trata de poner en cuestión, en el plano de la política, las dicotomías clásicas que ordenaron el discurso de las izquierdas, tales como objetivo vs subjetivo; reforma vs revolución; vanguardias vs pueblo; progresistas vs conservadores; que hoy se ven cuestionados por el arrollador avance “progresista” de las tecnologías depredadoras de la naturaleza y buscamos las raíces que nos permitan conservar las redes de la vida.

Obviamente esto no será parte del proceso de unidad política en el que estamos, pero es clave que deje abierto ese debate para tener un partido como intelectual orgánico capaz de avizorar formas del futuro y no quede encerrado en las disputas propias del poder que impiden la transformación de la sociedad.



Las identidades son legítimas pero no es fundamentalismo.

Es más, lo que puede ser la unidad frenteamplista en un solo partido, debe ser pensada en que debe aliarse con otras fuerzas para propósitos comunes y por ello la identidad propia no puede ser concebida como identidad superior si no como distinta, que representa intereses diferentes a otros, pero que tiene vocación de mayorías para aliarse con otras fuerzas.

Como ha quedado demostrado este año, el pasado configura el presente, sobre todo en el ámbito de la cultura. La Memoria renacida del 70-73, la del 73-90, como la de los 30 años o la del 2011-2019, está operando en el presente. Y, mientras sigan abiertas las heridas, estamos hablando del presente no de historias remotas. Así, si queremos articular un partido de mayorías, este debe ser capaz de recoger a los portadores de todas esas experiencias políticas y sectores sociales, que forman parte de la memoria colectiva del país, para que amalgamen un conocimiento compartido para la acción política. Si hay unidad de propósitos, la diversidad de experiencias es un capital político clave para la eficacia de la acción.

El punto es cómo construir objetivos y estrategias políticas para el presente y un futuro deseado, que considere las condiciones cambiantes en la estructura social y económica, así como las tradiciones culturales y valóricas de nuestra sociedad. Para hacerlo, en el marco de un partido, se requiere generar una institucionalidad que sea respetada y fortalecida, para que encauce las diferencias y las transforme en unidad de acción, bajo el estricto respeto a las resoluciones de mayoría. Los partidos no son movimientos sociales, su rol es alcanzar el poder por lo que requieren de ideología, programa, alianzas, estrategias, tácticas, negociaciones, representantes en diversos ámbitos de la sociedad y la institucionalidad lo que demanda coherencia, disciplina, confianza y democracia; en tanto los movimientos sociales son voluntades colectivas volcadas a ver concretadas sus demandas específicas, con sus propias complejidades organizativas y políticas.



Es importante agregar que hay un problema generacional en este proceso unitario. Las prácticas y discursos de la militancia son diversos también generacionalmente, lo que implica un grado importante de esfuerzo por la escucha al otro/a, de tratarlo como un igual.

Por otra parte, el movimiento social y popular tiene tradición organizativa y valores, posee diversidad de miradas y propósitos específicos, que debemos aprender a representar tras un proyecto político de sociedad.

Oswaldo Torres G

Director La Casa Común, Peñalolén, Villa Grimaldi